

M. Troplong ⁽¹⁾ y M. de Montalembert ⁽²⁾

Yo me creo un gran admirador de la aristocracia, de la democracia y de cualquiera otra forma de gobierno, y, naturalmente, escribo un libro para defender lo que es objeto de mi estimación. ¿Y cómo hacer un libro que sea leído? Si yo establezco una grave teoría, voy á poner al público en fuga. ¿Quién es el que hoy querrá sufrir la deducción de los derechos del pueblo, ó del gobierno paternal? Esto estará bien para los tiempos de Rousseau y de M. de Bonald; pero *El Contrato social* y *La Legislación primitiva*, no son más que dos adornos de biblioteca. Mi teoría las reune, y nadie tiene que temer ir á dormir con los muertos.

Yo descubro un medio excelente: el empleo de la historia. Es necesario que los griegos y los romanos sirvan para alguna cosa; pues me servirán de pantalla, y la cosa saldrá bien hecha. Si soy partidario de la soberanía popular, probaré que los atenienses de Pericles fueron los más felices de los hom-

(1) *Caida de la República Romana.*

(2) *De el porvenir político de Inglaterra.*

bres. Si me gusta la aristocracia, demostraré que los senadores de Roma fueron los más grandes políticos del mundo. Ayudaré un poco á la verdad, lo cual es fácil, porque un escritor cree fácilmente las cosas que él desea, y tendré la satisfacción de componer, como M. de Troplong y M. de Montalembert, un libro animado, discreto, útil á mi causa, agradable al público y que no hará perjuicio más que á la historia.

M. Troplong y M. de Montalembert han publicado, el uno, sobre la aristocracia romana, y el otro, sobre la aristocracia inglesa, dos obras de historia, que son dos obras de política; si los autores hablan alto de Roma ó Inglaterra, es para hablar muy bajo de otras cosas. Para el uno la solicita erudición, y para el otro la generosa elocuencia, no son sino armas. Los dos, más que otra cosa, parece que sostienen una tesis; los dos defienden un interés de partido. Parece que hablan en Westminster ó en el Capitolio, y, acaso allí se hallen, pero es á fin de ver mejor lo que pasa por fuera.

M. Troplong no es partidario de la aristocracia en Francia; por esto escribía contra la aristocracia romana y en favor del César. Estableció, en principio, que no es el gobierno republicano conveniente á ningún gran Estado. «Fué un error de Bruto y Casio, que eran hombres de entendimiento mediocre y con un carácter vigoroso, el no ver que en su tiempo el imperio romano, á causa de su extensión y su complejidad, no podía ser gobernado por cónsules y un Senado.» M. Troplong se olvidó, sin duda, de que los

Estados Unidos, no obstante su gran extensión y complejidad, están gobernados por un presidente, un Congreso y un Senado. Puesta la mirada fuera de los Estados Unidos, denigra á los enemigos de César y eleva á César hasta el cielo. Juzga que Tácito no es filósofo, y no estudia los grandes acontecimientos históricos. Encuentra burlesco y digno de *Plaideurs* este verso de Lucano sobre Catón:

Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni.

Se burla «de la ampulosidad de su elocuencia sonora». Vitupera á Cicerón por haberse apartado de César «por los descontentamientos del orador». Dice que «los municipios y las gentes de la campiña no veían en Pompeyo, sobre todo, más que un furioso de sangre alterada» (1). Muestra á César como el libertador de los pueblos, el pacificador del mundo, el salvador del Imperio. Se presenta como estando de su parte todo el Universo, y reduce la opinión que tiene sobre sus adversarios á la de ser éstos una facción tiránica de nobles. Se levanta contra «los instintos reaccionarios de Catón», contra su amor á la inmovilidad, contra su muerte insolente. «Este suicidio fué el efecto de la desesperación de un orgullo impotente que, de derrota en derrota, viéndose arrojar de todos los rincones de la tierra, protestó arrogante contra la opinión del mundo y los decretos de la Providencia.» Luego, añade: «No había allí sino un espíritu estrecho y obstinado, que, cuando perdió la esperanza de ven-

(1) El texto de Cicerón sólo dice: *Crudelem, iratum.*

cer, persistió en el propósito de combatir.» En efecto, así eran los espíritus obstinados y estrechos de Judas Macabeo, Leonidas y de todos los héroes que han querido morir por una noble idea, mejor que entregarse al enemigo. M. Troplong tiene tanta prisa por ver establecido el imperio, que se indigna contra Escipión y contra Catón que, después de Farsalia, se resistían aún en Africa. «Si este partido era el de la libertad, como él se decía, ¿por qué no tenía en su seno ni á Bruto, ni á Casio que, en vez de obstinarse en una resistencia imposible, se habían procurado la intimidad y el favor del vencedor?» Máxima que prueba que cuando algunos liberales se hacen absolutistas, los demás liberales no pueden continuar llevando este nombre. Pero no es gran cosa el pase de todos al nuevo partido, porque es necesario reunirse pronto y de buena voluntad. «Hubo hombres que regatearon su sumisión y esperaron en un retraimiento afectado y en una abstención injuriosa no sé qué acontecimiento del cual debía renacer la República.» Y es, en efecto, una gran impertinencia la de permanecer uno en su casa. Ensalza el gran movimiento de opinión que se desarrolló en Roma después de Farsalia. «Mientras que la pasión popular derribaba las estatuas de Pompeyo y Sila, los más avisados, viendo con disgusto la preparación de una guerra sangrienta é inútil en Africa, creían que el mejor medio de conjurarla sería proclamar en público la condenación del partido pompeyano, y justificar por una general y espontánea adhesión, la autoridad de César. Al efecto se le nombró cónsul por cinco años, dicta-

dor, no por seis meses, sino por un año, y tribuno, en cierto modo, vitalicio... Roma decretó que César *tenía derecho de vida y muerte* sobre los pompeyanos y que podría hacer la paz y la guerra sin contar con la aprobación del Senado ni del pueblo.» La adhesión así hecha era fuerte, y Roma en ella cedía mucho.

Creeréis acaso que, ensalzando así á César, el autor se lo permite todo; pues no: deja cierto papel que hacer á los grandes cuerpos del Estado, por ejemplo, al Senado, papel singular además, el de prestar su nombre cuando el amo necesita de él. «Era necesario que el Senado, que había abolido la monarquía, la restableciera por un decreto. Sólo su adhesión podía señalar una diferencia entre César y Espurio Casio, Melius y Malius Capitolino, castigados con la muerte, por haber aspirado á reinar. Hubiera habido un crimen en la conducta de César, si el Senado no hubiese sido su cómplice.» A cada cual, lo suyo. No es, pues, de extrañar que M. de Troplong considere el acto de Bruto «como una cobardía, una traición»; César fué un príncipe legítimo, muerto á manos de ambiciosos egoístas. Bien sé que en nuestras costumbres el asesinato es una cosa execrable; pero es porque la idea de patria ha cambiado. Para juzgar á los antiguos hay que considerarlos desde el punto de vista antiguo. Este punto de vista, siendo diferente del moderno, hace también diferentes las máximas, y excusa, en tal caso, lo que condenamos hoy. Supongamos que un general inglés se proclama absoluto gobernante allá, en la India, y mejora la condición de los indios; suponed que un general americano, allá

en la Virginia, hace sus súbditos de los americanos y decreta la libertad de los negros; suponed que un colono de Londonderry, en el siglo XVIII, se hubiera hecho rey de Irlanda y hubiese abolido las leyes odiosas que oprimían á los irlandeses: el colono de Londonderry, el general inglés y el general americano, hubieran así realizado una acción muy semejante á la de César, y no sería buena, sin embargo. De Bruto y de César se ve fácilmente cuál es el ambicioso y egoísta. Sabíase que César quería el bien público apoderándose de todo el Público Poder, y que sus soldados consideraban este poder como en seguimiento de su carro triunfal; la cosa era tan clara, que César cuidó mucho de excusarse al comienzo de sus *Comentarios*. Cuanto á Bruto, hay que lamentarse; porque dar la muerte á un hombre desarmado, es siempre un fácil negocio; pero si algún lector dudara de la nobleza de su corazón y la justicia de su causa, yo le suplicaría que releyese la admirable carta en que á Cicerón le censura el haberlo recomendado á la bondad de Octavio (1). No hay nada en la antigüedad de mayor fiereza, más generoso, más digno de un hombre libre, más sincero, más desinteresado, más devoto de la Patria; no hay nada más sencillo, más lógico, más razonado, más opuesto al estilo propio de un fanático, de un entusiasta. Acaso Catón y Bruto fueron el partido del pasado; pero en todo caso eran el de la virtud. M. Troplong, gran admirador de Cicerón, ha leído esta carta y la hubiera compren-

(1) Edición Lemaire, t. III, p. 683.

dido si sólo hubiera sido historiador y no político; si narrando el pasado, no hubiera estado preocupado del presente; si no hubiera querido darnos una lección juzgando á Roma.

M. de Montalembert también nos da una lección, pero contraria de todo punto á la de Troplong. Éste nos representa una aristocracia que sucumbe, y aquél una que subsiste; M. Troplong presenta la democracia como injusta y tiránica; M. de Montalembert, como justa y beneficiosa. El primero, celebra el advenimiento de un Gobierno absoluto, protector de la multitud; el segundo, ataca á la multitud y al Gobierno absoluto. Combate á las instituciones que arruinan á la aristocracia en provecho de la igualdad y del Poder Central. Juzga que «el fraccionamiento de las herencias y la igualdad de las partes hechas de ella son el instrumento más eficaz que hubiera podido inventar nunca el despotismo, para vencer todas las resistencias y pulverizar todas las fuerzas, colectivas ó individuales.» Sabía que Inglaterra rechaza la ola continental de la burocracia y rechaza la tendencia democrática que multiplica los empleos y ocupa con agentes asalariados, nombrados y revocados á gusto del Gobierno, las funciones hasta gratuitas, inamovibles y electivas.» Nos pone como ejemplo que seguir, el genio activo, liberal, independiente y político del pueblo inglés. «Allá ningún Gobierno ha pensado sustituir la acción colectiva ó la individual de los ciudadanos, sustituir por dondequiera la fuerza espontánea, la voluntad responsable y subordinarlo todo á su iniciativa, á su corrección, á su autoriza-

ción, á su vigilancia, á su intervención, á su interés personal.» Opone á los ingleses los pueblos del Continente, «que no saben emanciparse de la tutela de un señor sino para precipitarse en una orgía anárquica. Tras de lo cual, aturcidos y empujados por un esfuerzo impetuoso y breve, vienen á caer en manos del primer audaz que se presenta ofreciéndoles el acostumbrado yugo, temiendo que la demagogia reaparezca y no halle frente á sí más que hombres des acostumbrados á realizar toda acción enérgica y libres y adormecidos en un letargo crónico.» Para acabar de ser inteligible, añade: «Ilustrados por tan grandes ejemplos, tenemos que aceptar la humillación amparadora de la libertad, como un castigo merecido, proveniente de la ingratitude, la ligereza y el espíritu de discordia é indisciplina que han acompañado entre nosotros sus primeros beneficios; pero continuamos creyendo en ella y en querer conquistar, á fin de gozarla, ó en beneficio de nuestra posteridad, los méritos que nos han faltado.»

He aquí dos métodos semejantes y dos conclusiones opuestas. Los dos atienden á la historia de pueblos extraños, para saber qué gobierno será bueno y duradero en Francia; pero el uno, considerando la historia de Roma, deduce que tal gobierno debe ser la Monarquía absoluta, y el otro, considerando la historia de Inglaterra, deduce que el gobierno conveniente á Francia es la aristocracia liberal. La verdad es que no han buscado ninguno de los dos en la historia sino argumentos para sus doctrinas y armas para defender sus causas. De que el gobierno abso-

luto fuera necesario y duradero en Roma, no se puede colegir que sea lo mismo en todas partes, y de que la aristocracia liberal sea útil y duradera en Inglaterra, no hay razón para deducir que también sea duradera y útil en otra parte. Cada pueblo tiene su genio peculiar, y por esto cada uno tiene su singular historia. Los gobiernos, como las plantas, son indígenas. Trasplantados, perecen ó languidecen. Francia no es Roma, ni Inglaterra es Francia. Nadie podrá hallar en nuestra historia las causas que hicieron necesaria en Roma la Monarquía absoluta; nadie podrá descubrir entre nosotros las fuerzas que mantienen en Inglaterra la aristocracia liberal. Aquellos que tienen más apego á la política que á la historia, ven de un modo borroso ó desconocen su diferencia. Yo, que soy poco entusiasta de la política, y lo soy mucho de la historia, voy á procurar definir aquellas diferencias, y para ello tengo una gran libertad de espíritu. El lector verá si fantaseo ó vivo en la realidad presente. Pienso tanto en el Japón como en Méjico. Trato de exponer hechos. No busco un disfraz. Cometeré, sin duda, muchas faltas; però me esforzaré, al menos, por no caer en aquellas mismas que censuro.

I

Lo que estableció en Roma la Monarquía absoluta fué la decadencia.

La vigilancia armada ejercida por los pequeños propietarios que habían conquistado y practicado la

libertad, había perecido, por efecto de la conquista: la victoria había debilitado á los vencedores. Después de haber soportado durante seis años á Aníbal, el soldado romano, llevado mediante la navegación á Macedonia, combatió allí á Filipo; luego á los etolios; después á Antioco y Persia; luego á Corinto, Cartago y Numancia. Cuando, siguiendo su carro de triunfo, retornó á su solar sabino, el cónsul, poniéndole la mano sobre las espaldas, le dijo: «Tengo necesidad de ti; la legión parte mañana para la Cisalpina.» Allí duró la guerra encarnizada y sangrienta. Pueblo hubo que en diez años derrotó quince cónsules, mató dos pretores y más legionarios que los que costaron las guerras de Grecia y de Asia. Los ligurios lucharon cuarenta años. En España las cosas se presentaban peor. Había necesidad de ir conquistando fortaleza por fortaleza, toda la Península, para dominarla. Catón solo, tomó cuatrocientas. Los legionarios perecían en los desfiladeros de las *sierras*, degollados en las emboscadas. Era necesario cortar las manos á los cautivos y asolar los cultivos. Obtenida la victoria, entregados los rehenes, sometido el país, el legionario se consumía en trabajos gigantescos, abriendo caminos, construyendo canales, tirando puentes, y haciendo arsenales. Convertido en colono, continuaba haciendo de soldado sedentario, centinela perdido en una frontera, entre bárbaros desesperados, en alarma incesante, con frecuencia era degollado con toda su familia, y mientras tanto invertía sus últimas fuerzas en cultivar el campo que su propio cónsul había quemado. La cuarta parte de los hombres útiles

se hallaban en los campos. Desde los diez y siete á los cuarenta y cinco años, no se podía nadie sustraer al alistamiento. De Grecia á Asia, de Macedonia á la Galia, de Africa á España, los ciudadanos romanos dejaban sus huesos en todas las riberas. Desde el año 180, las levas se hacían con gran trabajo. El censor Metelo, enfurecido, quiso obligar á todos los célibes á contraer matrimonio: «Roma—dice Tito Livio—que levantó contra Aníbal un ejército de veintitres legiones, no podría hoy armar ni ocho.»

La conquista atacó á la clase media, así por la ruina como por la muerte; era tan perniciosa á sus bienes como á su vida. La pequeña propiedad desapareció. Retenido veinte años bajo las banderas, el legionario vendía su campo ó le dejaba sin cultivar. Si le conservaba sucumbiría bajo la concurrencia del Africa, la Sicilia y la Serdeña. Si persistía y vivía de la plata distribuída al triunfador, su rico vecino, antiguo pretor, senador, amigo de los juegos, quitaba las lindes de su propiedad y se apoderaba de ella. Si iba á entrevistarse con el rico y le pedía respeto para este campo, robado ó comprado, le mostraba el demandado sus bandas de esclavos. Estos eran los que en adelante conducirán los rebaños á pacer en las tierras del pan llevar, convertidas en dehesas, y los que frecuentemente reemplazaban en las faenas agrícolas al pequeño labrador libre. El señor les compraba en cuadrillas; la conquista y la administración de los arrendatarios de servicios públicos, les prodigan en los mercados.

El señor apareja á sus esclavos, y las crías le per-

tenecen. Enriquecido en su proconsulado ó su pretura, mediante despojo de las provincias ó de sus vecinos de modesta posición, ó por la concesión hecha en su favor, ó por la usurpación de terrenos públicos, engrandeciéndose así su dominio, que se hace espacioso como una provincia.

«Muchos—dice Columela --no podrían hacer á caballo el recorrido del contorno de sus tierras.» Cierta Domicio, que disponía de 20.000 soldados, prometió á cada uno de ellos, con la garantía de sus bienes, cuatro arpentas. Todo el territorio de Leontini en Sicilia pertenecía sólo á ochenta y tres propietarios. Rebaños de esclavos y algunos hombres ricos: he aquí la población de los campos. En ellos no hay ya lugar para el pequeño propietario, el cual ha emigrado, ha probado la fortuna en Roma, se ha convertido en obrero; sus rudas manos, acostumbradas al manejo de la espada y el arado, procuran tejer ahora telas, pulir el acero de los espejos, servir, en fin, al lujo y la civilización nueva; y aun así se hallan con que los puestos están ocupados; los grandes poseen la ciudad como el campo: explotan la industria como la agricultura; tienen esclavos por obreros como los tienen por labradores. Cada templo, cada corporación, cada oficio de la administración, tiene los suyos. Ellos son los que hacen los trabajos públicos y los trabajos privados. Cada gran familia posee, explota y alquila tejedores, cinceladores, bordadores, pintores, arquitectos, médicos y preceptores, que le pertenecen. Ni los campos ni la ciudad sostienen al ciudadano libre. En la ciudad, como en los campos,

el trabajo está en manos de los esclavos y la propiedad es de los ricos. César se encontró con que las tres cuartas partes del pueblo romano mendigaba. El Tribuno Filippo declaró un día que no había en el Estado ni dos mil ciudadanos poseedores. Si el pequeño labrador quería vivir, era necesario que fuese á Roma, y si quería vivir en Roma, era necesario que se hiciese vendedor de votos, matón ó mendigo.

Helo aquí, pues, alistado entre los gladiadores de Sulpicio ó solicitando distribuciones en el atrio de Craso. ¿Y es esto sólo? ¿La turba del campo de Marte y las que van á aplaudir al circo descienden de los orgullosos rústicos que murieron en Cannas y que al comienzo de la guerra de Macedonia hicieron que se plegara el Senado bajo su voluntad? Acaso sí; acaso este rostro orgulloso y enérgico, esta frente con cicatrices, estas manos callosas, este resto de fiereza romana anuncian un compañero de Ligustinus, un compatriota de Mario. Pero su vecino que se mueve y gesticula como un espectador de Olimpia, aquel otro con los cabellos perfumados, como un danzador de lidia, y aquel de los ojos azules, ¿quiénes son? Los cautivos invaden la mitad de la ciudad; los libertos forman la mitad del pueblo; la raza alterada ha recibido como una sentina todas las heces del universo. El señor, al cabo de algunos años, ha conducido ante el pretor su esclavo si ha sido dócil. El griego, el asiático, tocados con la vara, se han convertido en ciudadanos; y votan por su patrono, llevan su nombre, les paga una suma cada año y lo dejan por heredero de una parte de sus bienes. La generosidad es una especula-

ción política; cien mil extranjeros ó bárbaros se convirtieron en ciudadanos de Roma, en el espacio de setenta años, pero ni la fórmula del pretor, ni la toga habían cambiado, al manumiterlo, su corazón. «Cuando Júpiter hace esclavo á un hombre—dice Homero—le quita la mitad de su alma.» En presencia de su antiguo señor, el nuevo ciudadano se acuerda de las varas, de las cuales aún conserva las huellas, ó de la horca que deformó su cuello, y se deja dominar al instante por el estupor de la obediencia. Un día Scipión Emiliano, á quien interrumpían algunos de tales libertos, les dijo: «¡Silencio, falsos hijos de Italia! Os cansaréis en vano; aquellos que yo traje maniatados á Roma no me producirán temor por muy desligados que estén en adelante.» Aquellos callaron bajo esta verdad y este insulto. Ni los mendigos ni los esclavos discutieron la absorción de la cosa pública ni á Sila, ni á César. Ellos la entregaban de buen grado á quien quisiera tomarla.

Los duros campesinos que labraban desnudos el suelo y desgranaban las rocas del *Sabinum*, continuaron siendo labradores y pobres, mientras sólo hacían correrías por los campos, y obtenían por botín pastos samnitas ó rebaños galos. Pero las guerras largas y lejanas retuvieron al soldado en fila, y entretanto, no era ni ciudadano, ni labrador, ni padre de familia. Su espada era su gana-pan; sus águilas, su patria; su jefe, su servidor ó su dios. Con Manliu, con Sila, con Lúculo, deja campar y lleva de acá para allá su bandidaje por la voluptuosa Asia. Los reyes, los tetrarcas, las ricas ciudades, le abren sus tesoros y

le envuelven con su lujo. Bajo los largos pórticos de preciosos mármoles y entre los cuadros de Apeles, el legionario, lanzándose sobre una mesa cargada de cincelada argentería, llena su estómago de congrio, de vino de Chio y de Chipre; hace que dancen ante él los eunucos y los farsantes, y manda á su huesped conducir ante él á las jóvenes y las mujeres libres del gineceo; y si el padre de familia se resistiera, el romano usará contra él su espada. Sila dió á los suyos el Asia como presa; seis dracmas por día á cada soldado, con un festín para todos los amigos que invitó, aparte de 600 millones para el general. El brutal veterano jugó á los dados sobre un cuadro de Zeujis y quebró de un puntapié un *Cupido* de Praxitele; tenía cortesanos, bayaderas, cocineros, tocadores de arpa; se llevó tapices, camas de bronce, armarios de ébano; robar y gozar: tal es casi siempre su vida. Pertenecía á los jefes que dan más dinero y más licencia á sus tropas. Cuando Sila volvió á Italia, todos allí le ofrecieron su peculio; la guerra era una fuente de tan buena especulación, que querían con esto adelantar su granjería. Si se les distribuía tierras las vendían é iban á despilfarrar su importe en las tabernas de Roma, para alistarse luego como soldados, cuando el dinero se les acababa. En algunos años todos los colonos de Antium, de Tarento y otros puntos, huyeron. Un cónsul encontró desiertos á Sipontum y Bruxentum. La conquista, que despobló la ciudad, arruinó la clase media y deshonoró aquella con un ejército de esclavos, cambió á los soldados en mercenarios. El pueblo, que gobernaba en Roma, debilitado por la

muerte de los hombres, por la pérdida de los bienes, por el cambio de cultura, por la concurrencia de esclavos, por el entrecruzamiento de libertos, por el contagio del lujo y por la corrupción de las costumbres, ni quería ya ni podía gobernar á Roma; y el ejército, su postrera fuerza, se entregó y la entregó á los grandes hombres y á los mayores desalmados.

Ni los unos ni los otros faltaron: eran hechura de la victoria y la conquista. Véase ya en los próceres la fuerza y la voluntad de acapararlo todo y de usurparlo todo; desde Manliu, que puso á rescate á los pequeños príncipes de Asia, la guerra y la paz fueron un continuo bandidaje contra los hombres y contra los dioses. «Atenas, Pérgamo, Mileto, Chio, Samos, el Asia entera, la Acaya, la Grecia y la Sicilia — dice Cicerón — fueron encerradas en algunas villas de nuestros campos.» La tierra y el hombre estrujados dejaban su antigua y su nueva riqueza, y el ansia de oro que corría sobre Roma iba á absorberse en sólo unas doscientas casas. Las ciudades, para subvenir á las exacciones, entregaban sus pórticos, sus murallas y sus altares. Los hombres libres vendían sus hijos. Las inmensas riquezas acumuladas por el robo, se acrecentaban por la usura. El interés ordinario era tan terrible que un ciudadano íntegro podía sin desdoro pedir el 48 por 100. El poder venía juntamente con el dinero, y con uno y otro, el hombre noble compraba ó usurpaba las tierras vecinas á las suyas. A su hacienda ó dominio de Italia añadía diez dominios, en Sicilia, en Africa, en Epiro, en la Galia, en España; alimentaba ejércitos de esclavos, gladiadores y pastores; legiones

de sicarios y soldados. Sus esclavos forjadores, albañiles, carpinteros, barberos y cocineros, surtían á Roma; sus esclavos navegantes y comerciantes, transportaban á Roma los productos de todo el mundo; sus libertos, sus clientes, sus obligados, sus locatarios y sus deudores, reemplazaban á las tribus. Las provincias, los pueblos y los reyes vivían bajo el patronato hereditario de aquellos grandes, les prodigaban los embajadores, los leones y los esclavos, que se tenían por muy dichosos con subsistir al amparo de su nombre, y arrodillábanse ante sus estatuas como ante la de los dioses. Mediante sus gladiadores, sus clientes y su dinero, el grande reina sobre la plaza pública, se atribuye los cargos, los honores, los gobiernos y los ejércitos. Si sabe vencer y si es político, los soldados vendrán á ser su patrimonio y marcharán, si así lo quieren, contra la patria. ¿Qué hacerse con este poder enorme? Ha conseguido mucho y aún quiere conseguir más; ha conquistado la Galia ó el Asia y ahora quiere conquistar á Roma, y así como lo ha osado todo contra las provincias, también lo osará contra sus conciudadanos. El placer de vencer, de abatir, de tener en su mano la vida y los bienes de los hombres, de mandar, de fundar, de reemplazar por su pensamiento y su voluntad los pensamientos y las voluntades de los demás hombres, se aumenta por los logros y por la esperanza; y el conquistador, semejante al avaro, no se encuentra nunca satisfecho. Un patricio, verdugo metódico; un plebeyo, brutalmente sanguiinario; un general afortunado, á medio honrar; un gran hombre, temerario; un soldado de fortuna, y un hi-

pócrita paciente, dominarán uno tras otro en Roma y en el mundo.

La casualidad dará y arrancará las jefaturas; la necesidad establecerá y consolidará el imperio. Los unos habían perdido las fuerzas y la voluntad de ser libres; los otros habían adquirido la voluntad de ser injustos. El pueblo era bastante pobre, bastante dependiente y bastante servil; los grandes eran muy ricos, muy fuertes y muy audaces. La igualdad se había roto y las costumbres se habían perdido; la cosa pública tenía pocos defensores y pocos enemigos, y después de cincuenta años de batallas, de proscripciones y aventuras, se convirtió en cosa privada de un hombre.

La decadencia había creado el imperio y ella le conservó. De tiempo en tiempo, un emperador, advenedizo amparado por su buena conducta privada, gobierna con un poco de moderación y sabiduría. Así se ven cien años de restauración y de equilibrio bajo los Antoninos; ¡pero en adelante, qué príncipes le sucedieron! ¡Hasta qué manos fué á parar el gobierno! Un loco, después un imbécil parricida, histrión é incendiario: así acabó la estirpe de los Césares. Un verdugo amante de las torturas: así acabó la de los Flabios. Un gladiador poltrón: así acabó la de los Antoninos.

¿Y qué diré del imperio puesto á disposición de los asesinos militares, de las gentes bárbaras, de los fanáticos de Asia y de aquella turba de brutos, de furiosos y de monstruos que la monarquía romana arrojó durante dos siglos sobre el género humano? ¿Cómo podría ser que nadie se levantara, que ningún

pueblo se emancipara, que ningún gobierno sensato concediera una poca de dignidad al espíritu humano y un poco de libertad á las acciones de los hombres; que insensiblemente la pesada opresión se hiciera más pesada; que el servilismo creciente se erigiera en Dios de los miserables, dignos del hospicio y del baño; que cada uno veía, bajo la avidez del fisco, yerma la tierra, desaparecer los hombres, quedarse vacío el imperio (1), y que nadie se esforzara por arrancar el mundo civilizado al gobierno que lo destruía?— Falta el valor, y los hombres comienzan á faltar también. La conquista, que consumió al pueblo romano, consumió también á los pueblos conquistados. Polivio decía ya que no daría seis mil talentos por todo el Peloponeso.

Según Plutarco, no había tres mil hombres de guerra en toda la Grecia. La mitad de las poblaciones estaban arruinadas. En el Epiro, la Etolia y la Acarnania, no se encontraba más que casas miserables. La Arcadia estaba llena de rebaños libres, como las sabanas inhabitadas de América. No había ni un sólo navío en Creta. «El que quiera ver desiertos—decía Séneca—que vaya á la Lucania y al Brutium.» La Magna Grecia y el Samnium, estaban vacíos. El resto de Italia no presentaba sino villas y soledad. Desde el tiempo de César hasta el principado de Augusto, se habían dado á los veteranos sesenta y tres villas,

(1) Tras un siglo de buen gobierno, los hombres faltaron bajo Marco Aurelio, el cual se vió obligado, para defender á Italia contra los bárbaros, á alistar gladiadores en el ejército.

y es bien sabido lo que en sus manos venían éstas á ser. Ya César se lamentaba de la terrible falta de hombres.»—Pero el corazón de las naciones estaba más quebrantado aún que sus fuerzas. La conquista no les había dejado ni esperanza ni voluntad, ni objeto alguno de interés, ni manantial de acción. Se vivía y nadie se ocupaba en ellas más que de vivir. En ellas no había más que hombres, no había pueblo. Sus dioses estaban en el panteón de Roma, y las estatuas de sus dioses en las villas de la Campania. Sus mejores ciudadanos, hechos esclavos, comerciantes y ciudadanos romanos, no reconocían ya su patria. Estrabón se encontró con que los vitinios, los misienos, los frigios y los libios habían perdido su idioma nacional. Los sacerdotes egipcios no entendían ya sus inscripciones ni sus misterios. La Galia, España y Africa, eran latinas. Ni un hombre de vida pública. La violenta conquista y la sabia administración romana habían cambiado las ciudades y los pueblos independientes, en otros tantos arrendamientos regulares, en los cuales el único triunfo posible era obtener una excepción de impuestos. La invención se agotó: la literatura, al cabo de un siglo, se convirtió en un amasado de rapsodas y sofistas (1); la filosofía, reducida á la práctica, es una exhortación á gozar ó á bien morir; los artistas hacen copias; los hábiles obreros mueren y no dejan discípulos; la industria se

(1) Bajo los Antoninos hubo un siglo de una mediana restauración intelectual que correspondió á la semirrestauración política.

aminora; los esclavos se embrutecen; los curiales huyen, y los matrimonios son cada vez más raros.—En este enflaquecer de todas las fuerzas y de todas las esperanzas terrestres, ante tal espectáculo de justicia organizada, de tiranía invencible, de creciente decadencia, en esta ruina de la religión, de la ciudad, de la familia, de las artes, de la filosofía y de las letras, ¿qué resta al hombre que no haya caído aún en el embrutecimiento y en la orgía? Soñar. Al comenzar las guerras de Asia, las furiosas bacanales habían llevado á Roma el panteísmo impuro del Oriente místico y la visión frenética de la gran Naturaleza, que demanda por ofrendas la prostitución y la sangre. Las viejas religiones se transforman, los filósofos se corrompen, la cábala se acrece. La desesperación y el disgusto conducen al hombre al mundo imaginario. La vida real parece un sueño. El Universo, transfigurado por el delirio, aparecía como una jerarquía de seres sobrenaturales, emanada de un principio oscuro, tanto más grosero, cuanto más ellos se alejaban de él en adelante, y del cual el hombre era el más vil. La perfección estaba en despreciar esta tierra; la felicidad, en dejarla y remontarse en la escala que conducía á la unidad suprema. De Persia, de la India, de Egipto y de la Siria, venía un soplo místico y el vértigo religioso, como un contagio, ganaba las almas. Los profetas aparecían en Judea. Simón, el mago, se apellidaba el Dios padre, y paseaba con él una mujer, símbolo del pensamiento redimido. El mago Dosithée se creía el Mesías. Apolonio de Tiana resucitaba á los muertos. Los milagros se multiplica-

ban, las sectas abundaban. Los restos de las antiguas religiones, el naturalismo sensual, el misticismo exaltado, el panteísmo profundo, los textos de la Biblia, los evangelios apócrifos, las interpretaciones simbólicas y las fantasías astrológicas, se fundaron en doctrinas incoherentes, moviente abismo de disputa y de éxtasis, caos prodigioso donde fermentaba confundido lo divino y lo humano, el espíritu y la materia, lo sobrenatural y lo natural, entre la luz y las tinieblas. Quien lea los dogmas de los gnoticos, los valentinianos, los ofitas, los ossenianos y los carpocracianos, respira el olor de la fiebre y cree hallarse en un hospital, entre alucinados que contemplan su pensamiento hormigueante y fijan sobre la vida fulgurantes miradas. En este torbellino de fantasmas se destaca una figura interesante y pálida: el hombre oprimido y miserable percibe el rostro del justo martirizado, que alaba la resignación, que glorifica el sufrimiento, que ordena tener esperanzas, que ofrece la piedad, que abre al pobre, al esclavo, á la mujer y al condenado, el divino refugio de la bondad infinita y del eterno amor. Que César conserve la tierra: permanezcan la Monarquía y la servidumbre, su corazón, como su pensamiento, está en otra parte.

II

¿Conviene acaso este retrato á Francia? Bien se puede dudar de ello. Lo que hace durar á un Gobierno es la impotencia de los demás; lo que hizo durar la Monarquía en Roma fué la impotencia del pueblo, envi-

lecido y mendigo, las provincias despojadas y moribundas. Ésto, lo que eternizó la soberanía de una fuerza y de una voluntad única; esto, lo que causó la decadencia de todas las voluntades y de todas las fuerzas. ¿Y no hay aún en Francia fuerzas y voluntades?

Hace ochocientos años que vemos desenvolverse entre nosotros esa clase media cuya decadencia quitó á Roma la libertad. Aumenta por sus amigos, por sus enemigos, por sí misma y ha venido á ser toda la nación. Bajo la acción de los tiempos y la suya propia, el clero se ha cambiado en un cuerpo de funcionarios, la nobleza en un círculo de gente bien presentada, la realeza en un recuerdo histórico. La revolución ha dado á aquella clase media la tierra de los privilegiados. Los progresos continuos del bienestar han añadido en sesenta años un tercio más á su número. Los conocimientos y el dominio de la Naturaleza han multiplicado sus riquezas. Los ingresos del Estado se han cuadruplicado; la ciencia y la industria nueva han llegado hasta las más lejanas y humildes poblaciones á instruir, vestir, transportar y agitar á los hombres. La invención y la actividad crecientes han removido y fecundado todas las provincias por el trabajo y el pensamiento humano; y la esperanza, autorizada por los éxitos, ha confirmado la prosperidad del presente por las promesas del porvenir.

El espíritu de invención es el que da la medida de la fuerza moral. Para buscar, para descubrir, para aplicar, es necesario proceder con pasión. La decadencia de la invención denuncia en Roma el enflaquecimiento de las energías; la fecundidad de la inven-

ción denuncia entre los franceses el poder del resorte interior. El siglo XIX (1), que aún no ha concluido al escribirse estas líneas, ha producido más que todos sus antecesores. La química naciente y la geología, apenas esbozadas, se han hecho adultas de golpe. La física ampliada ha explicado y dirigido los más misteriosos y potentes imponderables. Las ciencias físicas han hecho aparecer artes é industrias enteras. Las ciencias naturales, renovadas, se han sometido á leyes filosóficas y se han constituido en sistema. La historia ha nacido y ha refundido á las ciencias morales. El impulso interior de la invención original es dirigido y acelerado bajo el impulso interior de la intervención extranjera. Comenzamos á escuchar el profundo murmullo que llega hasta nosotros, surgido de Alemania y resonando lejos del laboratorio apacible donde todos los pensamientos humanos, probados y reforzados, reciben un nuevo sello y un nuevo orden de la filosofía más admirable que jamás existió. Se ha desenvuelto una literatura tan rica en pensamientos, tan productora de obras maestras como las precedentes, apropiadas por sus ideas como por sus formas á la clase y á la civilización que las produce. Más grosera, más atrevida, menos servidora de las gentes afortunadas y más universal, ha descubierto y pintado clases de la sociedad desdeñada, desconocida y menospreciada de la historia y parte del alma ignorada y ha mostrado la democracia influyendo en el gusto como en el Estado. Más apasionada, más dolorosa,

(1) Este trabajo fué publicado en 1857. N. del T.

más ansiosa de felicidad, más sensible á la piedad, más inclinada hacia la ilusión y la esperanza, ha testificado de los generales deseos y de las aspiraciones violentas que atan al hombre á los mejoramientos que ha conquistado y le empujan sin freno en el camino obscuro del porvenir.

La fuerza verdadera hace legítima la fiereza y con el sentimiento de su energía adquiere el hombre la conciencia de su derecho. Con esta fuerza y esta energía se perdió en Roma aquella fiereza y aquella conciencia; con esta fuerza y esta energía se ha conservado en Francia dicha conciencia y dicha fiereza. La doctrina del derecho divino ha perecido. Particulares y gobernantes reconocen hoy que el único propietario de un pueblo es el pueblo mismo; que la nación no se ha hecho para el Gobierno, sino el Gobierno para la nación; que ninguna autoridad es legítima sino por el consentimiento del público; que ninguna autoridad es estable, sino por el apoyo de la opinión; que si el pueblo paga los impuestos y proporciona soldados, es para que sus intereses sean defendidos, para que su bienestar sea fomentado, para que su voluntad sea ejecutada. La teoría, descendiendo á la práctica, se ha comprobado mediante los acontecimientos, y desde hace sesenta años forma la historia. Por encima de todos los Gobiernos y á través de todos ellos, ha reinado un solo rey: la opinión pública. Aquéllos han sido los instrumentos, ella ha sido la soberana; aquéllos han obrado, ella ha querido. Por grande que fuera el poder de aquéllos y por ingenioso que fuera su mecanismo, tal poder se desvanece y tal mecanismo

se desconcierta cuando ella se les aparta. Ella ha empleado todos los Gobiernos y no se ha ligado á ninguno. Los ha tomado como han venido, tales como la casualidad, la derrota, la emoción, la intriga, las leyes y la ilegalidad los presenta, pero ella no los conserva, sino cuando siguen sus inclinaciones. Cualesquiera que sean ellos, la opinión pública los acepta sin gran reparo: pero cualesquiera que sean ellos, los derrota sin gran trabajo. Ella los encuentra, como carros, en su camino; monta en ellos, y los abandona cuando le conviene; los deja y, si le parece, los recoge luego.

No es, pues, en Roma donde se debe buscar la imagen de Francia; nosotros allí encontramos la decadencia y aquí la prosperidad. Allí vemos la Monarquía absoluta dirigida y mantenida por la despoblación y por la ruina de la clase media; por el envilecimiento del pueblo y por el rebajamiento de la invención; por el desvanecimiento de la inteligencia y por el desbordamiento del misticismo y, en cambio, vemos en Francia la población creciente, la clase media extendida y aumentando el bienestar; la riqueza, multiplicada; la invención, desenvuelta, y la nación proclamada soberana, y á través de diez constituciones consecutivas la vemos ejercer su soberanía mediante el ascendiente de la opinión pública. Allá, tras todo movimiento revolucionario, el Poder caía de nuevo en manos de un déspota; aquí, á través de todas las aventuras, la opinión entroniza siempre la pública voluntad. Allá, un emperador decía á su hijo: «Paga bien á los soldados y riéte de lo demás.» Aquí, en los momentos decisivos, los soldados, por su apoyo y por

su inmovilidad, sostienen al pueblo ó le dejan hacer, y, últimamente, en medio de la guerra, un hombre, á la cabeza de ochocientos mil, decía: «Solamente la opinión puede decidir la victoria y hacer la paz.»

III

Lo que ha puesto el gobierno de Inglaterra en manos de una aristocracia liberal han sido circunstancias políticas y disposiciones morales que no se podrían encontrar fuera de allí.

En el siglo XI, la aristocracia que fué implantada por la conquista estuvo unida por la comunidad de intereses, por el hábito de proceder en común, por la necesidad de resistir al pueblo conquistado y por la regularidad de su nueva organización, y formó un cuerpo (1). Allí, como en Francia, luchó contra el rey; pero en Francia no era sino una multitud dispersa, de la cual fué cayendo hombre por hombre; en Inglaterra formó un ejército compacto, en el cual cada soldado fué defendido por todos los demás. En Francia el rey era débil, y para fortificarse se presentaba como protector del pueblo; en Inglaterra el rey era fuerte, y para resistirle, los grandes del reino se presentaron como protectores de la nación. Bajo Enrique I, bajo Enrique II, bajo Juan Sin Tierra, bajo Enrique III y bajo Eduardo I, los nobles reclamaron y

(1) M. Guizot, *Ensayo sobre el origen del sistema representativo en Inglaterra.*

estipularon como cuerpo, por sí mismos y en representación del pueblo. Para su unión y su popularidad les sirvieron las *Cartas otorgadas* obtenidas por ellos; arrancaron garantías y fundaron el Parlamento; conquistaron para ellos y para la nación instituciones liberales, una participación en el ejercicio de la autoridad y el gobierno representativo. A fines del siglo XIII estaba su obra terminada. «Es costumbre del reino de Inglaterra—decía á un Papa un arzobispo de Cantorbery—, que, en todos los negocios relativos al Estado de este reino, se oiga la opinión de todas las personas interesadas en él.»

Pero no es bastante para una aristocracia que quiera perdurar, el estar unida y ser útil; es también necesario que se mezcle al pueblo para evitar la envidia de éste, y que sea reclutada en el pueblo para evitar el empobrecimiento. Los caballeros, diputados de los condados, sentábanse ya en el siglo XIV con los burgueses, diputados de las ciudades. En tanto que en Francia, votando los simples nobles con los grandes señores, dejaban sin enlace alguno al tercer estado y la aristocracia, en Inglaterra, votando los simples nobles con los burgueses, unían la aristocracia con el tercer estado. Al mismo tiempo que los dos poderes se enlazaban el uno con el otro, se fundían las dos clases, la una con la otra (1). Los miembros de la aristocracia reentraban en el pueblo, y los del pueblo entraban en la aristocracia. El rico burgués podía llegar á ser caballero; el joven, hijo de algún

(1) Macaulay, t. I, pág. 37.

par, cedía el lugar preferente al caballero hecho la víspera. El hidalgo podía llegar á ser caballero; el hijo de un par no era más que un hidalgo. Los hijos de un duque eran miembros de la Cámara de los Comunes, y muchos miembros de esta misma Cámara eran tan nobles como los más nobles pares. «De una parte había los Bohuns, los Mowbrays y los de Veres, parientes de los Plantagenét, sin otro título que el de *esquire*, sin otros privilegios que los de un tendero cualquiera ó un colono»; de otra parte, un comerciante de Lincoln, ennoblecido, diputado de su condado, podía sentarse en el Parlamento entre dos hidalgos primos de un rey, y ver á su hijo, titulado por el monarca, sentado en Westminster, entre el duque de Norfolk y el duque de Clarence. El gran señor no despreciaba una clase á la que sus hijos tenían que descender; el *yeoman* no aborrecía una clase á la cual sus hijos podían ascender.

Por este reclutamiento incesante y por la constante mezcla, la alta aristocracia, á la par que se captaba amigos, preparábase sucesores. Imprimía en el pueblo hábitos de orgullo, espíritu de independencia, amor á las instituciones liberales y la necesidad de inspeccionar los gobiernos y tomar parte en los negocios del Estado. Aquella alta clase formaba una nación aristocrática capaz para reemplazarla, para defender los derechos adquiridos y para reconquistar, en caso de necesidad, la libertad. A fines del siglo XV, la guerra de las Dos Rosas, el progreso de la civilización y la abolición del derecho de conservación trastornaron las costumbres feudales y continua-